

FRANCISCO ESTEBAN BARA

UNIVERSITARIOS



LO

QUE

SON

Y

LO

QUE

DICEN

SER



Francisco Esteban Bara

Universitarios

Lo que son y lo que dicen ser



© El autor y Ediciones Encuentro S.A., 2023

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, nº 111

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Pulmen-Madrid

ISBN: 978-84-1339-146-5

Depósito Legal: M-8009-2023

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

| | |
|--|----|
| I. ¡YO SOY ESPARTACO!, ¡YO SOY UNIVERSITARIO! | 9 |
| ¡Yo soy Espartaco! | 10 |
| ¡Yo soy universitario! | 13 |
| II. LA SEDICENCIA Y SU PAPEL | 19 |
| En manos de un sujeto indeterminado | 22 |
| ¿Contra qué vamos?..... | 31 |
| III. BOSQUEJO DEL SEDICENTE UNIVERSITARIO | 37 |
| Lo que se necesita | 39 |
| Y algo se nos escapa | 44 |
| IV. EL ADVIENTO DE LA UNIVERSIDAD | 49 |
| Preparación para la Universidad..... | 51 |
| Otra preparación es posible | 59 |
| V. LA OBERTURA DE LA UNIVERSIDAD | 65 |
| Esto es lo que hay | 67 |
| Un intervalo de tiempo en el templo universitario..... | 71 |
| VI. LA EXPERIENCIA DE UN TRÁNSITO | 77 |
| De cabeza al mundo profesional..... | 78 |
| Una auténtica aventura | 81 |

| | |
|--|-----|
| VII. CONVERSACIONES UNIVERSITARIAS..... | 93 |
| Qué hay de lo mío..... | 96 |
| Sentémonos, conversemos y pensemos juntos..... | 99 |
| VIII. TODO BAJO CONTROL | 109 |
| Ordenando la Universidad..... | 112 |
| Algo de luz | 119 |
| IX. EL PROTAGONISTA DE LA UNIVERSIDAD | 125 |
| Atender al protagonista | 126 |
| Lograr el protagonismo | 131 |
| X. EL CALOR DEL HOGAR..... | 139 |
| Una terminal universitaria..... | 141 |
| Una corporeidad edificada y embellecida..... | 145 |
| XI. LITURGIA UNIVERSITARIA | 153 |
| Oda a la informalidad | 155 |
| El arte de comportarse universitariamente..... | 161 |
| XII. A VUELTAS CON LA CULTURA..... | 165 |
| Profecía cumplida..... | 167 |
| La profesión de intelectual | 173 |
| EPÍLOGO..... | 179 |

*Dedicado a esos pocos, soñadores y valientes primeros
universitarios medievales, anónimos la mayoría.
Si pudiese veros os daría un abrazo fraternal, las
gracias os las doy siempre, aunque no os vea.*

I. ¡YO SOY ESPARTACO!, ¡YO SOY UNIVERSITARIO!

«En tanto que haya alguien que crea en una idea, la idea vive»

José Ortega y Gasset

En el año 1960 se estrenó la película *Spartacus*¹, dirigida por Stanley Kubrick y basada en la novela histórica homónima de Howard Fast². Recibió diversos galardones de reconocido prestigio: mejor guion drama por parte del Sindicato de Guionistas de Estados Unidos (WGA) y 6 nominaciones y el premio a la mejor película en los Globos de Oro. Aunque quizá los más renombrados sean los 4 Óscar al mejor actor secundario (Peter Ustinov), fotografía, vestuario y dirección artística. El largometraje forma parte de las *AFI's 10 Top 10* del American Film Institute en la categoría de películas épicas; y en el año 2017, la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos lo seleccionó para su preservación en el National Film Registry al considerar que se trataba de una producción cultural, histórica y estéticamente significativa. Qué decir respecto al reparto, es ciertamente espléndido. A Kirk Douglas, protagonista con el papel de Espartaco, le acompañan actores de la talla de Tony Curtis, Lawrence Olivier, Charles Laughton, Jean Simmons o el ya mencionado Peter Ustinov. En fin, se está hablando de una película de esas que, como suele decirse, vale la pena ver.

¹ En español se tituló *Espartaco* y se estrenó a finales del mes de septiembre del año 1961.

² Howard Fast, *Espartaco*, Edhasa, Barcelona 2003.

El esclavo tracio Espartaco es vendido como gladiador, pero escapa de su cautiverio y acaba liderando una rebelión que pone en jaque a la Roma de los años 73-71 a. C. Logra que se tambalee uno de los imperios más poderosos que la historia haya conocido jamás. Ese levantamiento de esclavos fue llamado por Plutarco «Guerra de los Gladiadores» y también se conoce como la «Tercera Guerra Servil»³. Espartaco representa una épica de la libertad y se ha erigido como un símbolo para diversas generaciones de militantes de izquierdas. Aunque, a decir verdad, puede ser un estandarte para cualquier persona que, independientemente de cuál sea su ideología política, defienda esa facultad natural y derecho de valor superior, además de la dignidad humana. La película está llena de escenas memorables, como cuando Espartaco se ve obligado a luchar a vida o muerte contra su querido y fiel amigo Antonino (Tony Curtis) y acaba con él rápidamente para ahorrarle la agonía de la cruz; o cuando nuestro protagonista es crucificado y se despide de su mujer y de su hijo recién nacido. Les dedica una apacible y emocionada sonrisa, ya no le quedan fuerzas para articular palabras; pero sí, o eso se da a entender, para escuchar lo que le dice su amada Varinia (Jean Simmons) que está al pie de aquella cruz con lágrimas en los ojos y el bebé en brazos. «¡Este es tu hijo, es libre Espartaco, libre, es libre!». Espartaco hizo lo indecible para que eso sucediera y también jugaron a su favor las estratagemas políticas entre el senador Tiberio Sempronio Graco (Charles Laughton) y el patricio Craso (Laurence Olivier). Se puede pensar que el esclavo que luchó por un mundo mejor murió en paz y esperanzado. Hubiera podido expirar diciendo algo así: misión cumplida, a pesar de todo, valió la pena.

¡Yo soy Espartaco!

Sin embargo, hay una escena de la película que ha pasado a la historia del cine y llama nuestra atención. Tras una antológica,

³ Keith Bradley, *Slavery and Rebellion in the Roman World*, Indiana University Press, Bloomington 1989.

brutal y definitiva batalla, el ejército de millares de esclavos que lidera Espartaco es derrotado por las legiones romanas de Craso, su eterno rival. Quedan pocos con vida, acaso cuatrocientos o quinientos, pero no muchos más. Espartaco se encuentra entre ellos, pero Craso, que ansía capturarlo a toda costa, tiene un problema. Unos años antes, el gladiador Espartaco había luchado ante él para su regocijo, pero ahora no reconoce a su adversario, no le pone cara, solo sabe su nombre. Craso propone entonces un malévolo trato a los maltrechos y agazapados supervivientes: «Esclavos fuisteis y esclavos seguís siendo, pero la terrible pena de crucifixión ha sido anulada con la única condición de que identifiquéis el cuerpo o la persona viva del esclavo llamado Espartaco». Alma cándida y mente insensata, menudo error de cálculo. Espartaco anda sobrado de valentía y honor. También sus seguidores, aunque ni Craso ni el propio Espartaco sabían hasta qué límite. Ninguno de los dos imaginaba cómo iban a reaccionar ante aquel execrable órdago. Quien estaba en búsqueda y captura se pone en pie y exclama: «¡yo soy Espartaco!», pero Antonino, que estaba a su lado, hace lo mismo al unísono, como si se hubieran puesto de acuerdo. Ya son dos Espartaco, pero aún hay más, muchos más. Los esclavos allí presentes se van levantando paulatinamente diciendo lo mismo con todas sus fuerzas. Al final no queda ninguno sentado ni en silencio. «¡Yo soy Espartaco!» es un grito ensordecedor para Craso y, sobre todo, la prueba de su derrota.

Bastaron tres palabras y un gesto para que Craso entendiera que aquellos esclavos estaban con Espartaco hasta las últimas consecuencias. Y parece ser que le estaban queriendo decir algo. Dinos, Craso, ¿habrían reaccionado así tus soldados si te buscasen a ti? o tú, ¿qué hubieras hecho tú si fuesen a por alguno de los que te acompañan?, porque Espartaco no nos dejaría jamás en la cuneta, estamos completamente seguros, él también habría dado la cara si anduvieras tras cualquiera de nosotros. Con apenas tres palabras y un gesto también demostraron que la causa de Espartaco era la de todos y cada uno de ellos. Su líder y amigo había creado una comunidad con una meta que alcanzar. Queremos ser libres y que

no haya esclavos nunca más. Como suele suceder con este tipo de historias, quedan cuestiones en el tintero. Espartaco no derrotó a Craso y sus legiones y cabe preguntarse qué habría sucedido entonces. Tras tanto sufrimiento y humillación, lo normal hubiera sido servir la venganza en un plato frío o seguir la ley del Talió: ojo por ojo y diente por diente. Sin embargo, Espartaco estaba demasiado enamorado de su causa como para perder el tiempo en esas cosas. Un mundo libre, debería pensar, es un mundo sin *vendettas* y en el que la gente no vea peligrar sus ojos y sus dientes. Queremos ser libres y que cualquier persona viva en libertad, sí, Craso, también tú, todos los que te acompañan y los que te amparan desde Roma, pues sois personas como nosotros. Espartaco podría haber dicho algo así si hubiese vencido.

También hay otro asunto que llama la atención. ¿Qué hizo Espartaco para meterse a tanta gente en el bolsillo? El asunto del liderazgo es un auténtico enigma y quién sabe si alguna vez se logrará descifrar. No parece ser que se trate solo de aplicar técnicas depuradas e insuflar grandes dosis de motivación y entusiasmo. Habrá que contar con la inteligencia, la personalidad y el carácter, con enamorarse de motivos buenos, bellos y verdaderos y saber transmitirlos a la perfección, combinando la palabra, el silencio, el gesto y la acción, para que la gente los entienda y también consiga amarlos; con saber permanecer a las duras y a las maduras y con muchas cosas más. En fin, el líder tiene más de artista que de técnico sobre estimulado, eso demuestra Espartaco y tantos y tantos líderes de todos los tiempos, hombres y mujeres que, usualmente sin pretenderlo, han hecho méritos para estar en un pedestal⁴. Y también lo demuestran muchísimas otras personas que nosotros no conocemos, pero usted sí. Entre nuestros familiares, amigos, profesores, colegas de profesión o vecinos del pueblo puede haber personas junto a las que nos pondríamos en pie y diríamos algo así como «¡yo soy Espartaco!» si alguien preguntase por ellas.

⁴ Max Scheler, *Modelos y líderes*, Sígueme, Salamanca 2018.

Volvamos al hilo de la cuestión. Si se me permite el juego de palabras, el amigo Craso cometió un craso error para sus intereses personales, sin embargo, abrió un melón de los buenos. Aquella escena parece representar algo más profundo que la lealtad hacia un líder y la comunión con sus ideas. Se puede pensar que aquellas gentes estaban queriendo decir otra cosa. Craso tocó sus identidades y eso son palabras mayores. Espartaco no está solo porque no puede estar solo, lo cierto es que Espartaco ya no es solo Espartaco. Todos lo somos de una manera o de otra cuando nos miramos, charlamos, trabajamos, pensamos, reímos, nos cuidamos y compartimos mesa. Y no es una cuestión de subordinación, nadie ha dejado de ser quien es, se trata más bien de enriquecimiento personal y de amor. ¡Ay, Craso!, podría haber dicho alguno de aquellos esclavos, la persona que buscas anida en todos y cada uno de nosotros, ¿cómo piensas identificarla y aislarla? Tu maliciosa propuesta nos alegra porque nos da la oportunidad de explicarte quienes somos.

¡Yo soy universitario!

Se viene hablando de esta emblemática y maravillosa escena porque se parece mucho a lo que, desde nuestro punto de vista, puede llegar a conseguir la Universidad, y más concretamente, la formación universitaria. Imaginemos que alguien salta a la palestra para preguntar quién es universitario. Y no con mala sangre, como hizo el pérfido Craso, sino porque tiene la curiosidad de saber qué personas se identifican como tales. ¿Quién se pondría en pie entonces y exclamaría «¡yo soy universitario!»? Con toda seguridad, los primeros serían profesores y estudiantes, personas que mantienen una relación formal y casi diaria con la Universidad. Y desde luego que no habría problema en encontrarlos, especialmente a los últimos⁵. Pero no solo hay que contar con ellos, ni mucho

⁵ A comienzos del año 2000 se contabilizaron unos 100 millones de estudiantes universitarios repartidos por todo el planeta, 20 años después, alrededor de 380 millones y en el 2040 se espera que haya cerca de 600 millones,

menos, también se apuntarían abogadas y médicos, ingenieras y pedagogos, arquitectos y geógrafas, periodistas y químicos, en fin, personas que se han graduado en alguna institución universitaria. Claro que siempre habrá titulados que consideran que no son universitarios porque dejaron atrás la Universidad hace años, porque reniegan de ella o porque apenas la recuerdan, pero el título que tienen colgado en la pared, guardado en un cajón o metido en una carpeta certifica que lo son. Hasta aquí todo correcto. El propio diccionario de la Real Academia Española lo confirma: un universitario es un profesor, graduado o estudiante de la Universidad.

Pero no debe darse el asunto por zanjado porque para nada está resuelto. Y no se trata de buscar más gente, sino de fijarse bien en los universitarios que ya tenemos identificados. Respecto a los estudiantes, ¿estar matriculado en la Universidad es motivo suficiente para ser universitario? Será en cualquier caso una condición *sine qua non*, pero no es una consecuencia. Lo mismo puede decirse cuando se habla del profesorado. ¿Tener un contrato laboral con una institución universitaria es bastante para identificarse como universitario? Será un requisito indispensable, pero no la resulta. Cumplir con las exigencias académicas, tanto si se es profesor como estudiante, es una cosa, pero ser universitario es otro cantar. Por extraño que parezca, no todas las personas que hay en las universidades son universitarias, encontrarlas en los campus no es tan fácil como dar con deportistas en un gimnasio, astronautas en una nave espacial u hombres y mujeres de fe en un templo religioso. Y respecto a los graduados, antes licenciados o diplomados, ¿sus titulaciones son la prueba de que son universitarios? Decía el filósofo Michael Levine, muy graciosa y certeramente, que «tener hijos no lo convierten a uno en padre, del mismo modo en que tener un piano no lo vuelve pianista». Eso mismo puede aplicarse a este

seis veces más que cuando el empezó el siglo. Entre otras bases de datos, pueden consultarse:

<http://uis.unesco.org/en/topic/higher-education>; <https://monitor.icef.com/>;
<https://whed.net/home.php>.

asunto. También puede parecer raro, pero encontrar universitarios en el mundo profesional y en la realidad social no consiste solo en localizar titulados. Así las cosas, se podría confundir a nuestro personaje imaginario que le dio por preguntar quién es universitario.

Como se dijo más arriba «¡yo soy universitario!» es una afirmación que tiene la misma fuerza y profundidad que aquella de «¡yo soy Espartaco!». Para identificarse como universitario es imprescindible mantener una íntima relación con la Universidad, es necesario estar vinculado con ella y sus cosas. Cuando uno pone en su boca esa frase está afirmando que es Universidad esté donde esté, con fulano o mengano, ante cualquier circunstancia, se dedique a lo que se dedique y las 24 horas del día. Quien se declara como universitario está diciendo que la Universidad es un modo de vida y que él es uno de sus legítimos representantes, algo así como una Universidad encarnada. La Universidad es un proyecto humano, de personas, con personas y, sobre todo, para personas. Y no solo eso, o precisamente por eso, la Universidad también responde a un plan humanizador. Es buena para todos, hayan puesto un pie en ella o no, y para el mundo que cohabitamos.

No se está exagerando un ápice. Se debería pensar en estas cosas cuando uno se cruza con universitarios con los que, digámoslo así de momento, da gusto estar, trabajar, charlar, cruzarse por la montaña y compartir asiento en el autobús. También cuando uno se topa con universitarios que van a la suya, siendo esa suya perjudicial para el resto de las personas, empresas, instituciones públicas, montañas y autobuses, es decir, cuando uno se pregunta para qué demonios le ha servido la Universidad a esa gente. Se podría elaborar un compendio de casos de universitarios de aquí y de allá que ponen en evidencia y ridiculizan a la Universidad. Y del mismo modo que no se exagera, tampoco se está diciendo nada nuevo. El propósito humano y humanizador de la Universidad



UNIVERSITARIOS

¿Quiénes son los universitarios? El diccionario señala que son profesores, graduados o estudiantes de Universidad. Y la historia y filosofía de la Universidad dice que son ellos, sí, pero siempre y cuando se dediquen a buscar verdades, bellezas y bondades, para ellos mismos, todos y todo. Eso es, individuos que tratan de alcanzar su mayor plenitud para poder mejorar cualquier cosa. Y como resulta que hay universitarios que no van tras lo verdadero, lo bello y lo bueno, se puede afirmar que no todos los universitarios son universitarios. Nos hemos conformado con esta situación, pero así no resolveremos el grave problema que tenemos.

El profesor Francisco Esteban Bara explica con hondura, cercanía y fluidez en este ensayo que lo mejor que puede ofrecer la Universidad al mundo y una de las cosas que más necesita el mundo son buscadores de verdad, belleza y bondad, y no solo profesionales altamente cualificados. Mucha gente espera que la formación universitaria sea algo diferente de lo que hoy es, que despliegue su misión humana y humanizadora. Esperemos que pronto llegue el día en el que sus deseos se vean cumplidos.

Depósito Legal: M-8009-2023

ISBN: 978-84-1339-146-5



9 788413 391465